

EL NACIMIENTO



DE UN
CORDERO
MANSO

*EL NACIMIENTO DE UN
CORDERO MANSO*

Diana Verdugo

ÍNDICE

1. Mamá
2. Contener hasta desbordarse
3. Salir del Vientre
—— *Cordero manso*
4. Ritual en el hacer
—— *Romper la piñata*

Mamá.

La casa aún sigue helada, ahora está vacía. Las paredes se sienten burdas y hay eco en todas partes.

El silencio me enloquece, es tan fuerte e infinito que casi logro escuchar tu voz. Tu risa me persigue y me hace querer llorar. En mis sueños te apareces y el dolor que siento no me deja respirar.

Me pregunto si me piensas como yo a ti, me río ingenua porque mientras yo te pienso sé que tú ya no estás aquí.

*No ganas al intentar en olvidarme
Durante mucho tiempo en tu vida
Yo voy a vivir
Detalles tan pequeños de los dos
Son cosas muy grandes para olvidar
Y a toda hora van a estar presentes
Ya lo verás”*

(Detalles- Roberto Carlos)

De vez en cuando escucho esa canción. Sonaba en un disco que ponías los domingos cuando estabas en casa, recuerdo vagamente el olor de esos días de aseo y cómo me regañabas cuando no te hacía caso.

Pienso en cómo sería todo. Me inventé una imagen de ti para sentirte un poco más cerca y poder transitar el duelo, sé que es todo un ideal creado por mí misma y en el fondo tengo claro que las cosas no se asemejarían ni un poco a como lo imagino.

Pero es inútil pensar en un presente que no existe.



Extraño nuestra cotidianidad.

Contener hasta desbordarse

En medio de un eterno vacío, todos mis sentires se hicieron más grandes, tan grandes que me desbordé. Cuando ella se fue, me preguntaba: ¿por qué si siento un dolor tan profundo, no brota de mí el llanto?

El 16 de octubre del 2018 la vi sin vida en el sofá de mi entonces casa y a su alrededor, mi familia de veinte tantas personas. A un costado de la sala, un cura conocido de la familia rezando por la salvación de mi madre mientras el resto lo seguía.

Yo, mientras tanto, me encontraba a un costado del sofá sintiendo la fría piel de sus manos, sentada en el piso intentando asimilar que nunca más estaría a mi lado. Supe que había perdido un pedazo gigante de mi ser y ahora, debía desprenderme de la idea de verla otra vez.

*“En la funeraria me abrazaron tantas veces
que perdí la cuenta.
Me costaba sentir algo,
conectarme con las expresiones de dolor y cariño
que me prodigaban.
Era como si un vidrio opaco se hubiera
instalado entre ellos y yo”.*

*-Diana Ospina Obando
Parece que Dios hubiera muerto.*

Cuando falleció me costaba llorar, las lágrimas se volvieron una obligación y hacía lo posible por que salieran, sentía que no demostrar el dolor de esa manera me hacía insensible; temía que el resto me viera como tal, pensaba en todo y en todos, menos en cómo iba a liberar el martirio que me empezó a ahogar. Como un cordero manso comencé a callar, a hacer lo posible por no causar molestias.

Como consecuencia, reprimir tantas emociones y un duelo durante tanto tiempo, me causó gran malestar; la represión terminó la primera vez que alguien me preguntó cómo llevaba – eso. – Fue ahí, en ese momento, cuando exploté en llanto y descubrí que, hasta el momento, no había permitido que el duelo me atravesara, lo que significaba que desde ahí comenzaría realmente.

Salir del vientre

El cordero alguna vez fue feto, fue oveja, o parte de ella, estuvo dentro de un contenedor llamado vientre y allí se formó manso. La fuente se ha roto, el cordero ha salido a un exterior desconocido, dejó de estar contenido, pero él no dejó de contenerse. Debe mantenerse tierno e inocente, incluso cuando se cometen injusticias contra él, no abre la boca para protestar y no se resiste en su sacrificio.

A veces pienso en querer volver allí, a ese lugar que no recuerdo, pero aún extraño, pienso en la calidez que solo pude sentir alguna vez antes de la vida y en la falta que me hace el calor más o menos parecido de esos brazos cuyo tacto olvidé por completo, pienso en que la vida solo asegura la muerte, en que me aterra vivir mucho más que morir, porque morir la liberó del sufrimiento.

Atravesar por el duelo de quien alguna vez fui parte, cuyo vientre me contuvo por nueve meses, me hizo querer volver a ese lugar oscuro y reconfortante, lo deseé tanto que sentí cómo volvía, paré de llorar, dejé de expresar, nunca hablé de mi sentir, me hice chiquita otra vez. Dejé de estar contenida para ahora, contener. Así fue hasta que salí de ese lugar que, aunque era doloroso, me brindaba confort, por segunda vez, se rompía una fuente que de alguna forma me liberaba, aunque esa libertad cargara consigo mucho dolor.

La fuente, sin embargo, parecía estar llena de sangre, como si de un sacrificio se tratase, un sacrificio donde yo era la ofrenda. Era tanta la sangre que mis ojos se inundaron de ella, pensé que duraría poco, pero nunca más paró de brotar, ahora mis ojos arden y lloran sin contención alguna, como si hubiera vuelto a la niñez.

Ritual en el hacer

Como si se tratara de una gestación, en mi proceso hay espera, trazo línea por línea con paciencia; moldeo con calma uniendo mis manos con las materialidades que me permiten crear. La repetición es clave para lograr una pieza final donde muchas veces aparece el dolor, pues a pesar de que hay calma y hasta lentitud, cuando me vuelvo consciente de mi cuerpo luego de estar durante horas enfocada, continuar se vuelve complicado.

Las manos duelen.

Los ojos duelen.

La espalda duele.

Las piernas duelen.

Los brazos duelen.

Yo, duelo.

Y aunque siempre estoy al borde del estallido, trabajo pulcra, paciente, sin prisa.

Romper la piñata

La ruptura inicia desde el vientre y de ahí, el impulso de romper, pues salir del vientre es una experiencia por la que todos atravesamos. A medida que crecemos, el entorno nos condiciona a reaccionar de manera pulsional. Las pulsiones se apoderan del cuerpo, las distinciones entre el bien y el mal no existen, quien es niño llora y ríe de la manera más ruidosa posible, golpea, pateo, no sabe qué es pudor, no sabe de prudencia; los juegos aparentemente más inocentes alimentan estas pulsiones, el niño espera ansioso porque llegue la hora de romper la piñata, cuando llega el momento, la golpea hasta la destrucción, le genera satisfacción, escucha a su alrededor aplaudirlo, cuando se quita la venda de los ojos ve a un grupo de niños codiciando lo que había dentro de eso que rompió, luego crece y ya no hay piñatas o niños codiciosos, ahora el panorama se vuelve más denso, más oscuro, aquellos niños han dejado de serlo, sus reacciones se han vuelto más violentas o, por el contrario, viven reprimidas en lo más profundo del ser.

De niña fui compulsiva, ansiosa, me mordía las uñas y me arrancaba el cabello, nunca fui violenta con el exterior, aprendí a callar y a siempre ser prudente, a no gritar al otro, a siempre mantener la calma, eso le gustaba a la gente, pero me mataba a mí, me volví autodestructiva sin notarlo, me convertí en un elemento de contención, me costaba hablar, llorar, incluso reír. Ahora, río y lloro, pero aún contengo, tanto que siento estar al borde del estallido.

La piñata, es ese elemento contenedor que me ayuda a representar la contención de la que vengo y la contención que aún llevo dentro. No destruyo una piñata, sino todo aquello que me cuesta, la niñez que no recuerdo, lo que me hizo sangrar, los duelos inconclusos, mis obsesiones y mis miedos más profundos. Quiero estallar y escuchar como los pedazos caen, que reviente el suelo hasta que el ruido apague mi mente, quiero golpear hasta estar satisfecha, quiero romper, patear, reír, llorar, como si de un niño se tratase, uno sin represión alguna. Quiero ser un cordero que ya no debe contener.

